

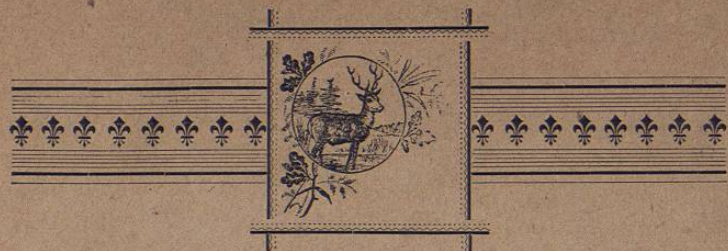
desde los Bolandistas hasta el mismo Vizconde de Bussierre.

Después de las biografías vienen en segundo lugar los *Sermones* y las *Novenas*. Entre los primeros bástenos citar el pronunciado en Roma, con aplauso unánime de los contemporáneos por el P. Juan Pablo Oliva, general de la Compañía de Jesús, durante las grandes y solemnísimas funciones de la canonización; y entre las *Novenas*, la publicada en 1798, en Lima, amenizada con ciertos versos que fielmente hemos transcrito y que son, á no dudarlo, fruto de la inspiración de algún vate limeño de la época.

Dió el poeta á la vida de las rosas la duración de una mañana; pero la mañana hermosa y apacible que mide la vida inmortal de nuestra Rosa en la memoria reverente de la humanidad, no conoce término, no sufre limitaciones y su luz deslumbradora brilla y brillará inextinguible, no en un país ni para una raza, sino en todos los países y para todas las razas de la civilización cristiana.



LIBRO PRIMERO



CAPÍTULO I

Patria, nacimiento é infancia de Rosa.

MEDIO siglo de existencia contaba tan sólo la Ciudad de los Reyes, como ha dado en llamarse á Lima, capital del Reino descubierto por el intrépido explorador Francisco Pizarro, cuando brotó en ella la flor más hermosa de virtud, que ha producido hasta el presente el jardín ameno del Nuevo-Mundo. Fué esta flor de incomparable belleza espiritual, Rosa de Santa María, la que, según la opinión más fundada, nació el 20 de Abril del año 1586, día en que celebra la Iglesia las virtudes prodigiosas de Santa Inés de Montepoliciano, hija ilustre del mejor de los Guzmanes; llamada con toda propiedad la virgen de las flores, por las muchas que brotaban doquiera que se arrodillaba para entregarse á los trasportes místicos de la oración y contemplación.

Dios, que privó á los padres de Rosa de Santa María de los bienes que llaman de fortuna, les enriqueció con una prole numerosa y escogida; tesoro digno de todo

aprecio, especialmente cuando hacen ilustre los hijos el apellido que han heredado, con los resplandores de la virtud ó con el brillo de la ciencia. Buena prueba tenemos de esto en el caso que nos ocupa. A no ser por Rosa de Lima ¿quién pronunciaría hoy con respeto, mezclado de justa emulación, los nombres del pobre arcabucero real, Francisco Flores y de la humilde y oscura madre de familia, María de Oliva, padres afortunados de la ilustre patrona de todas las Indias? Sin duda que permanecerían ambos ocultos entre las sombras del olvido, como tantos otros, que por no haber tenido como pedestal de una grandeza puramente humana el oro, las dignidades, el saber, la autoridad se han hundido en la tumba, sin reflejar sobre el porvenir un solo rayo de luz que les hiciera visibles á las generaciones futuras. ¡Dichosos los padres que cuentan entre sus hijos uno solo que dé frutos de santidad cristiana. Tienen casi asegurada una protección especial del Señor, por los méritos del hijo á quien han dado el ser; y dejan en pos de sí la estela refulgente de un nombre, que repetirán con respeto todos los pueblos y todas las generaciones.

La circunstancia de no haber sentido María de Oliva molestia alguna cuando dió á luz á nuestra santa; siendo así que en el parto de los otros hijos se había visto siempre al borde del sepulcro, fué causa de que cuantos tuvieron noticia del prodigio, auguraran favorablemente de la niña que acababa de venir al mundo. La Providencia divina señala muchas veces el camino que han de recorrer los santos con prodigios que les dan á conocer, apenas sientan la planta en la senda de la vida. También debe tenerse en cuenta otro detalle, insignificante sin duda para quien halla en todas las cosas el influjo de la coincidencia y de las casualidades; pero de mucha significación para los que tenemos la fortuna de descubrir en todo la mano infinitamente sabia de Dios nuestro Señor. Nació esta niña en la calle de Santo Domingo; como queriendo el cielo dar á en-

tender con esto que pertenecía al Padre de los Predicadores, cuyo espíritu y cuyas virtudes había de copiar con tanta exactitud en sí misma.

Sin que pueda adivinarse la causa, consta por los libros de bautizos de la parroquia de San Sebastián de Lima, que no recibió nuestra Santa el sacramento de la regeneración espiritual hasta el día de Pentecostés ó de las Rosas, como le llaman los romanos, que cayó aquel año el 25 de Mayo. En el bautismo la fué impuesto el nombre de Isabel, probablemente y siguiendo una costumbre generalizada en América, para perpetuar la memoria de su abuela materna, llamada Isabel de Herrera.

¿Qué es lo que dió ocasión á que se la cambiara este nombre por el que actualmente tiene? Dejemos hablar á María de Oliva, la que deponiendo como testigo en la causa de la beatificación de nuestra Santa, dice textualmente: «En este nombre de Isabel la fueron criando, hasta que tuvo tres meses, que estándola meciendo una india criada en la cuna, teniendo cubierto el rostro, la dicha india se le descubrió por ver si había tomado sueño y lo vió tan hermoso, que llamó á más niñas, que estaban labrando, para que la viesen. Y haciendo todas admiración; esta testigo desde el aposento donde estaba la vió hacer extremos y sin decirle cosa alguna se fué derecha donde estaba la niña; y como la vió tan linda y hermosa y que le parecía que todo su rostro estaba hecho una rosa muy linda y en medio de ella veía las facciones de sus ojos, boca, nariz y orejas quedó admirada de ver aquel prodigioso suceso; la tomó en las manos y empezó á hacer con ella mil alegrías y mostrar sumo gozo y contento, diciendo con estas demostraciones: Yo te prometo hija y alma mía, que mientras viviere, de mi boca no has de oír otro nombre sino el de Rosa.»

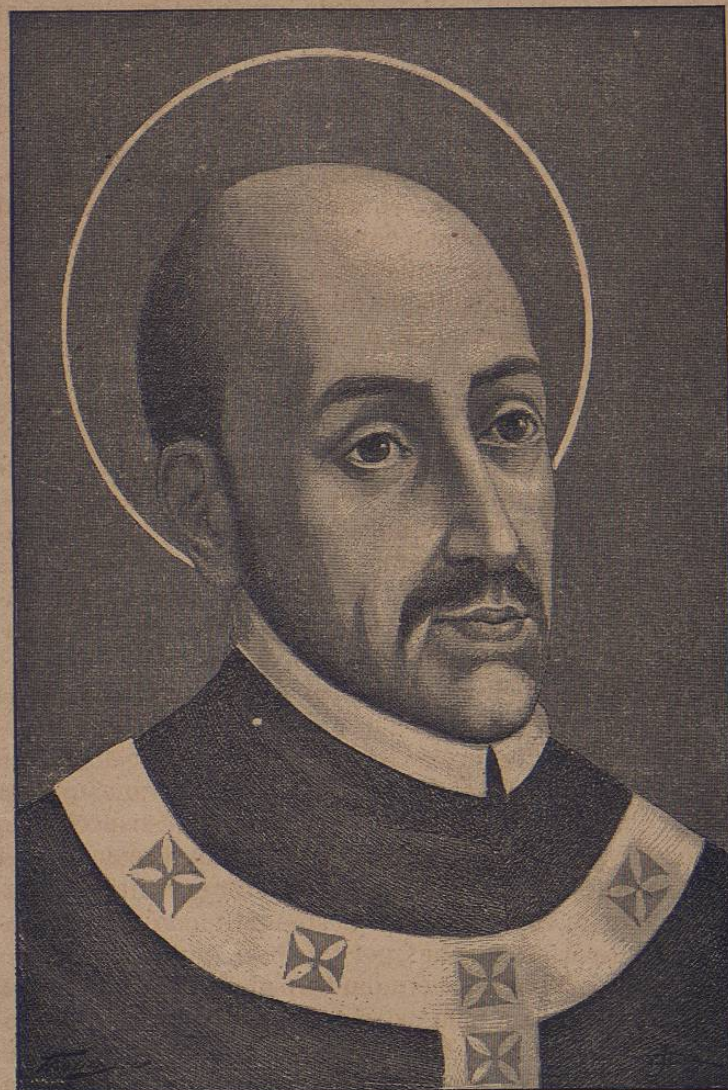
No sentó bien á la abuela de la Santa el cambio de nombre que se había hecho en ella. Por lo mismo que la amaba con gran cariño, la era muy sensible que no

siguieran llamándola los de casa como hasta allí; y aún creyó que se había obrado de aquel modo por el poco aprecio que se la tenía. Vivió enojada por espacio de cinco años; y hubiera seguido el enojo por muchos más, á no haber mediado un incidente extraordinario que la aplacó para siempre.

Hallándose confirmando Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima, en un pueblo llamado Quibi, al que se había trasladado con su familia Francisco Flores, al administrar á nuestra Santa el sacramento de la Confirmación, movido sin duda por superior impulso, en vez de llamarla con el nombre de pila, la llamó Rosa; como antes lo había hecho su madre, cuando la vió tan hermosa en la cuna. Con esto quedó sosegada la abuela de la niña.

Pasados algunos años, dispuso el Señor que al tener conocimiento esta virgen del cambio de nombre, que en ella se había verificado por voluntad de su madre, se sintiera atormentada por los escrúpulos más tenaces, los que sirvieron en este caso para hacer patente con un prodigio la voluntad divina. El caso sucedió del modo siguiente.

Había ya la virgen crecido en años y edad; era dueña de su albedrío por el uso de la razón; y llegando á conocer que el nombre de Rosa no era el que le dieron en el bautismo, sino el que su madre le había puesto en la cuna, comenzó á turbarse interiormente, sospechando que la variación y el haber dejado el nombre de Isabel y tener el de Rosa, sólo era por querer acreditar su madre la gala, el donaire y lo hermosura, con tan agradable título. Afligida, pues, por este escrúpulo, sin sosiego, como cierva herida, en quien ha penetrado aguda flecha, fué á buscar con toda prisa el remedio á la fuente de todos los bienes que era la Virgen del Santísimo Rosario. Allí, deshecha en un mar de lágrimas, desahogó, postrada en tierra, su pena y representó su cuidado á la que es Madre de misericordia y piedad, pidiendo socorro para la dolencia de su espíritu. No dilató mucho tiempo el



SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO, ARZOBISPO DE LIMA.

consuelo de la virgen Rosa, la que es Virgen y Rosa mística; y así con una ilustración oculta, se dignó hablarla en lo muy interior del alma, dando á conocer, como soberana Maestra, á la santa que estaba temblando y llena de temores, que el nombre de Rosa le era admirablemente agradable al Niño Jesús, que tenía en sus brazos; y que para mayor demostración de sus favores, era voluntad suya coronar este nombre, aumentándole con el suyo; y que así de allí en adelante había de llamarse *Rosa de Santa María*. Después de esto, la que antes rehusaba, temerosa, el primer nombre de Rosa, con el sobrenombre cobró firmeza; segura y alegre al ver que poseía ambos nombres por especial orden del cielo, «Tienen este privilegio los méritos de los santos, dice San Ambrosio, que Dios los pone á su elección el nombre.» ¿Qué dicha será la de Rosa, cuando no sólo recibe el nombre del cielo, sino el sobrenombre también?

Razón tenía, pues, la afortunada virgen, cuando al regresar á su casa, después de haber comulgado, abrazada en divinos incendios, sin poder irse á la mano, impetró de su madre con reiteradas súplicas que le repitiese muchas veces el dulce nombre *Rosa de Santa María* porque en sonando en sus oídos se recreaba maravillosamente su espíritu, derritiéndose en suavísimas dulzuras. Maravillóle en verdad á la madre cambio tan repentino, y apenas prestaba crédito á lo que veía; más atajóle su hija toda duda al decirle: «Ahora mismo me acabo de levantar de los pies de la gran Reina Madre de Dios, y tengo completa certeza, de que le es agradable este mi nombre, y con su bendición y maternal cariño he llegado á entender que mi alma se ha transformado en una Rosa consagrada al amable Jesús Nazareno.» Con lo cual si en algún tiempo el nombre de Rosa le había sido dudoso, con la aprobación del cielo andaba asegurada; y por esto quería que le repitieran el nombre; pareciéndole que con ello le recordaban sus deberes para con Dios.